

encomienda de un soldado que tenía aquel nombre. Los habitantes se presentaron de paz, y Pedro de Alvarado pasó al territorio de Tehuantepec, donde fué perfectamente recibido y obsequiado por los naturales, que desde mucho tiempo hacía, habían enviado á Cortés sus embajadores, declarándose espontáneamente súbditos del rey de España. No fué acogido con menos benevolencia al ejército expedicionario en la provincia de Soconusco, que tenía entonces setenta y cinco mil habitantes (1). Continuando su marcha, se le mostraron hostiles los habitantes de Zapotitlan; pero vencidos en una batalla, ajustaron las paces con Pedro de Alvarado, reconociendo por soberano al monarca de Castilla. Dejando esta provincia, siguió el ejército hácia Guatemala. Pronto se encontró con un numeroso ejército indio, compuesto de los habitantes de Quetzaltenango, de Utatlan y de otros diversos pueblos que se hallaban próximos. La batalla fué reñida, pero quedaron vencidos en ella los indígenas. No por esto desmayaron; por el contrario, queriendo vengar la derrota, reunieron mayor número de escuadrones, y presentaron nuevas batallas. En todas les fué adversa la suerte, aunque combatieron con denodado esfuerzo. El ejército expedicionario, así para poder curar á los heridos como para descansar de las fatigas, se situó en el pueblo de Quetzaltenango. Allí supo Alvarado que en las acciones dadas los días anteriores, habían muerto dos jefes principales, ambos señores de Utatlan. Nuevos escuadrones indios se presentaron bien pronto en campaña. Con-

(1) «Dende Tecuantepec, fué á la provincia de Soconusco, que era... de mas de quince mil vecinos.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la Conq.

fiando en el número no menos que en su valor, se dirigieron hácia la poblacion ocupada por las tropas españolas. Al saber Pedro de Alvarado que se acercaban, salió al encuentro de ellos. Los dos ejércitos se avistaron en un llano. El combate fué fatal para los indios; en él vieron perecer la flor de sus guerreros, y se retiraron dejando considerable número de muertos en el campo de batalla.

Viendo los caciques indios que era imposible luchar con buen éxito contra los hombres blancos, resolvieron pedir la paz. Para alcanzarla, se presentaron los principales á Pedro de Alvarado, llevando un corto presente de oro y algunas cargas de mantas. Despues de los saludos usados entre aquellas naciones al desempeñar una embajada, pidieron perdon por las hostilidades pasadas, se declararon vasallos del monarca de Castilla y suplicaron al jefe español que se dignase marchar con su tropa á Utatlan, donde encontraria más comodidades y provisiones que en Quetzaltenango, por ser ciudad de más importancia. Pedro de Alvarado les recibió con sumo agrado, les dió las gracias por su agregacion á España, correspondió al regalo con otro presente, y les ofreció que marcharia al dia siguiente á Utatlan, como deseaban. Con efecto, muy de mañana se puso la tropa en camino, guiada por los mismos caciques que desempeñaron la embajada en nombre de todos y de la provincia entera.

Era Utatlan una ciudad importante y fuerte. Profundas barrancas la rodeaban; sólidos edificios, que servian de fortalezas, defendian su entrada, y casas espaciosas de firme construccion orillaban sus calles, que eran sumamente estrechas.

Pedro de Alvarado y sus soldados fueron alojados en un vasto edificio que ocupaba el centro de poblacion. El jefe español, despues de colocar los centinelas en los puntos convenientes, se puso á examinar la ciudad. Mucho llamó su atencion no ver por ninguna parte ni mujeres ni niños, que eran generalmente los que primero acudian á ver á los hombres blancos. No le sorprendió menos el silencio profundo que reinaba en la ciudad y la soledad en que se encontraban las estrechas calles. Mas parecia aquella una poblacion enemiga en actitud hostil, que una ciudad deseosa de manifestar la sinceridad de su alianza. Pedro de Alvarado manifestó su extrañeza á los caciques que habian celebrado la paz. Los jefes indios trataron de esplicarle, de una manera satisfactoria, los motivos de lo que justamente habia llamado su atencion, pero en las respuestas de ellos y en la mutacion que notaba en sus semblantes, creia encontrar algo extraño y alarmante. Cuando mas entregado estaba á las reflexiones que le sugerian las observaciones que acababa de hacer, se presentaron á él algunos indios de Quetzaltenango que habian tomado afecto á los españoles. El jefe castellano les preguntó, con agrado, si algo deseaban. Los indios entonces, por medio de los intérpretes, le descubrieron un terrible plan que habian formado los caciques de la provincia para acabar con los hombres blancos. Le dijeron que la paz no habia sido mas que un lazo para atraerle á Utatlan, donde estaba dispuesto exterminar á los extranjeros; que las barrancas que rodeaban la ciudad, estaban llenas de guerreros; que á media noche se prenderia fuego á las casas, y que al ver elevarse las llamas, los escuadrones embos-

cados entrarian en la ciudad unidos á los habitantes de los pueblos comarcanos, cerrando las salidas á los pocos que pudieran salvarse, pues se tenia por seguro que todos perecerian entre las llamas y el humo, por estar las casas fronteras muy cerca las unas de las otras y ser las calles en extremo estrechas.

Pedro de Alvarado comunicó á los oficiales el peligro que les amenazaba, y dispuso que inmediatamente se abandonase la ciudad y que acampase la tropa en el llano. Comprendiendo que convenia no dar á entender al cacique que se habia descubierto el plan tramado, se manifestó afable con él, y le dijo que salia de la ciudad porque en ella los caballos, acostumbrados á pacer en la campiña, estaban tristes. Mucho sintió el cacique ver tomar aquella determinacion; pero aunque vió que se perdia parte de la ventaja con que se habia contado, no dudó que el resultado seria el mismo, sorprendiéndoles de noche en el campo.

Cuando Pedro de Alvarado se vió fuera de la ciudad, mandó prender al cacique y le echó en cara su traicion. Hecho esto salió fuera de las barracas y se situó en campo abierto donde pudiese maniobrar la caballeria. Viendo los demás jefes indios que el plan se habia descubierto, atacaron con toda furia á los españoles con los escuadrones que tenian ya dispuestos. La lucha fué reñida y sangrienta, pero el triunfo se declaró por los españoles, y muchos pueblos se presentaron á ofrecer obediencia al rey de España.

Pedro de Alvarado, para castigar al cacique por el plan que habia formado de exterminar al ejército fin-

giendo celebrar la paz, le condenó á morir en la hoguera; pero en vez del fuego se le aplicó la muerte de horca. El padre Olmedo logró que se le diese un dia mas de vida, anhelando reducirle al cristianismo. Sus esfuerzos dieron el resultado que deseaba, pues el cacique abrazó antes de morir la religion católica (1). El gobierno del cacicazgo se le dió á su hijo, por corresponderle, segun derecho.

Las noticias de las victorias alcanzadas por Pedro de Alvarado, sobre los habitantes de Quetzaltenango y de Utatlan, llegaron bien pronto al señorío de Guatemala, que estaba contiguo. Los guatemaltecos eran enemigos de los pueblos que acababan de ser vencidos por los españoles, y enviaron una embajada, con un presente de oro, al jefe castellano, ofreciéndose por súbditos del rey de España. Los embajadores felicitaron á Pedro de Alvarado por sus victorias, y le dijeron que si necesitaba gente para seguir la campaña contra los pueblos pertenecientes á Utatlan, dispusiese de las fuerzas de Guatemala, que le serian enviadas sin pérdida de momento. El capitán español les dió las gracias, y les suplicó que le enviasen dos mil guerreros, no para combatir contra los de Utatlan, pues habian recibido ya por monarca al soberano de Castilla, sino para que

(1) La mayor parte de los autores modernos, callan el motivo principal que motivo la sentencia de muerte del cacique. "Habiendo derrotado los españoles á un ejército mandado por el gobierno de Utatlan, á este dice el autor de los "Estudios sobre la Historia general de Méjico," "se mandó quemar en presencia de sus soldados vencidos, y *por compasion*, se le conmutó la pena de hoguera por la de horca." Presentado así el hecho, la una aparece con un colorido que desaparece al dar á conocer la verdadera causa. ¿Por qué se ha de ocultar ésta cuando se trata de dar á cada hombre lo que le corresponde únicamente?

le guiasen á Guatemala por el mejor camino. La petición de Alvarado fué obsequiada, y los guatemaltecos recibieron en su país á los españoles con verdadero júbilo (1).

Pedro de Alvarado escribió á Hernan Cortés dándole parte del buen resultado de la expedición, y hablando en términos altamente lisonjeros respecto de la feracidad de las nuevas provincias agregadas á la corona.

1523 Pocos días antes de que Pedro de Alvarado hubiese salido de Méjico para Guatemala, llegaron al puerto de Veracruz tres apreciados religiosos, movidos de verdadero celo evangélico, anhelando extender entre los pueblos, la dulce y humanitaria doctrina del Crucificado. Eran tres franciscanos flamencos, de ejemplar vida, de vasto saber y de austera virtud, llamados Fray Juan de Tecto, guardian del convento de San Francisco de Gante, Fray Juan de Aora y el laico Fray Pedro de Gante. De Veracruz se dirigieron á Tlaxcala, donde se detuvieron algún tiempo, dedicándose con afán á aprender el idioma de los indios para

(1) Algunos escritores, por no haberse detenido á especificar los hechos marcando el punto en que acontecieron, han dado lugar á que se envuelvan en las mismas circunstancias de conquistados, á los de Utatlan y Guatemala. Sin embargo, no estaban estos pueblos unidos en opinión ni en intereses, sino que eran rivales, como se ve claramente por las siguientes palabras de Bernal Diaz del Castillo. «Y segun pareció, los de Utatlan y sus sujetos, eran enemigos de los de Guatemala, y acordaron los de Guatemala de enviar mensajeros con presentes de oro á Pedro de Alvarado, y darse por vasallos de su majestad; y enviaron á decir que si habian menester algun servicio de sus personas para aquellas guerras, que ellos vendrian... Y luego se fué á la ciudad de Guatemala, y fué bien recibido y hospedado.»

poder instruirles mas facilmente en la religion católica. De Tlaxcala pasaron á la ciudad de Texcoco, donde fueron acogidos con verdadera satisfaccion y respeto, por el jóven rey D. Carlos Ixtlilxochitl, que se habia distinguido por su esfuerzo y adhesion á los españoles en el sitio de Méjico. Se dedicaron á la enseñanza de los niños pertenecientes á los indios principales, cuidándolos con verdadero cariño paternal. El laico Fray Pedro de Gante, que tenia un talento superior para las artes liberales, y que por humildad habia abrazado el estado de lego, pues tenia hechos los estudios para haber aspirado á la dignidad sacerdotal, se consagró á enseñar á los naturales á leer, escribir, la música, el dibujo y otras diversas cosas útiles, de que supieron sacar notable provecho los agradecidos indígenas.

El primero, hombre que se habia hecho admirar por su ciencia, distinguiéndose entre los sabios de su época, fué empleado por Hernan Cortés en cargos de suma importancia, como á su tiempo veremos. El segundo falleció en Texcoco; y el tercero, de quien tendremos ocasion de hablar segun avancen los acontecimientos, dejó en los habitantes de Méjico una memoria eterna alcanzada con sus virtudes, con su dedicacion á la enseñanza de los indios, con su talento, con su humildad y con su ejemplar vida.

Para unir las vastas regiones del Anáhuac á la corona de Castilla, fueron capitanes verdaderamente singulares por su valor y constancia.

Para velar por el bien de los nativos, separarlos con amor de sus falsas creencias, y persuadirles á que abra-

zasen la doctrina del Crucificado, fueron sacerdotes llenos de abnegacion y de amor al prójimo, lumbreras de saber, modelos de caridad, de desinterés, de mansedumbre y de celo evangélico.

CAPÍTULO V.

Envia Cortés una expedicion á Honduras.— Marcha al frente de ella Cristóbal de Olid.— Vida activa de los conquistadores.— Extencion de terrenos que tenia agregado ya Cortés á la corona de Castilla.— Juicio sobre la capacidad de Cortés.— Funde cañones.— Sube Montaña al volcan de Popocatepetl y baja por su cráter.— Forma Carlos V un tribunal que escucha á los acusadores y defensores de Cortés.— Nombra el rey á Cortés capitan general y gobernador de la Nueva-España.

1524

La imaginacion de Hernan Cortés no descansaba nunca. Nuevos proyectos de descubrimientos grandiosos y de famosas empresas ocupaban su pensamiento. Uno de los vehementes deseos que anhelaba ver realizado, era el descubrimiento del estrecho que se juzgaba debia unir el Atlántico con el Pacifico.

Algun tiempo antes, con el objeto de explorar las costas del mar del Sur, habia armado una flotilla de cua-